

Mercedes Duque Espiau

ANIMALES PEQUEÑOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MERCEDES DUQUE ESPIAU
ANIMALES PEQUEÑOS

TUSQUETS
EDITORES

1.^a edición: enero de 2025

© Mercedes Duque Espiau, 2025
Autora representada por Silvia Bastos Agencia Literaria

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-557-2
Depósito legal: B. 22.039-2024
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

Solo mayores de veintiuno	13
Sensación de hogar	21
Gritos, a veces	27
Ven, amor, ven	33
Por obligación genética	39
Un cuerpo más simple.	43
Quisiera devorarte	55
Fantasía clínica	63
Donde la muerte es imposible.	73
Que se me atrofien los músculos.	75
Niña prodigio	83
Lo primero que se olvida.	91
Preocupaciones de segunda clase.	97
<i>Pinky promise.</i>	105
Hija de puta desertora	113
Cerrar las mandíbulas	115
Si mis órganos fuesen una cueva	121
Una vida propia.	125
Suelo lunar	131
Qué escondo dentro	135
Las palabras ya no existen	145
Invocar al pasado.	147
Y así durante generaciones	157

La esquina de un mar	163
Volver a casa	175
Mapaches hambrientos	181
Durante todo un invierno	187
Facilidad para la fractura	197
<i>Agradecimientos.</i>	203

Solo mayores de veintiuno

El baño de mujeres lo defiende la jamaicana que rebosa lentejuelas, grasa y voz, la que canta *do pipi quickly*, intercambia un pedazo de papel higiénico por una moneda y regala chicles de fresa a las que, al salir, nos lavamos las manos. Ella nunca dejaría que un hombre cruzase esas puertas, le digo al camarero. Su mirada de águila pescadora es una barrera que asegura limpieza y protección por encima de cualquier cosa. Se lo advierto como si él no trabajase recolectando propinas igual que ella. Acordamos que es mejor idea entrar en el de hombres.

Nos metemos en uno de los cubículos individuales. El suelo es un pantano. A nadie, nunca, le ha preocupado la higiene masculina. Mientras el camarero echa el pestillo, me doy cuenta de que, aunque lleve dos meses queriendo acostarme con él, soy incapaz de acordarme de su nombre. Solo sé que es mexicano, que trabaja aquí, en el Heart to Heart, todos los viernes por la noche, y que regala chupitos de tequila con nata encima a los que llama «mamadas». También que tiene los ojos azules, pero no cualquier tipo de azul, sino un azul casi traslúcido. Decido que con eso, con su belleza, me basta.

Los azulejos del cubículo son amarillentos, pequeños y sudan. El mexicano también suda. Pongo mi mano sobre

sus pantalones y el tacto me hace pensar en una anguila, rígida por su propia electricidad. No nos acariciamos apenas, no mencionamos siquiera el tema de los condones, tampoco nos besamos. Con un gesto me pide que me ponga de rodillas, pero me niego. No insiste; mira el charco que nos rodea y supongo que entiende. Me sube la falda, me baja las medias y me da la vuelta. Yo me dejo hacer.

Cuando las piernas me empiezan a arder de tanto moverme arriba y abajo, el camarero termina dentro sin avisar. Sin un me vengo, o un ¡cuidado!, o un ay amor, ay mi vida. Me quedo totalmente quieta, mi cuerpo al descubierto como si fuera un expositor de insectos disecados. Me he convertido en una vitrina de bichos. Él me mira con ojos redondos y traslúcidos, ojos de inocente en el corredor de la muerte, de ladrón de castañas, de camarero mexicano en Londres. Le pregunto si se ha corrido dentro y me responde que sí. Que pensó que tomaba las anticonceptivas. Que él qué iba a saber. Que yo no le había dicho nada.

—Tú eres gilipollas —le suelto.

—Oye, relájate, mañana vas a por la píldora.

Lo aparto de mí de un codazo.

—Pues entonces dame la mitad del dinero.

—Es que no tengo suelto. —En lugar de ojos, dos castañas.

Me limpio a conciencia con un pedazo de papel, me subo las medias, me arreglo la falda y salgo a buscar a Marek y al resto de los compañeros del Rick's. Antes, pego un portazo que rebota contra la pared, y me da tiempo a ver al mexicano cerrándose la cremallera del pantalón.

En la barra pido una cerveza. Me la ponen en un vaso de plástico, el aviso de fin de fiesta. Miro a mi alrededor, buscando el uniforme azul de Marek, que ha salido directo del trabajo al club vestido de mánager de restaurante. Más de

una vez he hecho lo mismo que él: irme de fiesta con mi uniforme de camarera júnior, de color gris desidia, como lo llama Marek. No le encuentro, ni tampoco reconozco a nadie.

De los altavoces sale música ska. Dos chicos con rastas bailan a mi lado, en la barra, dando saltos. En la pista hay otros, con rastas y sin ellas. Están frente al DJ, bajo las luces moradas que iluminan los pedazos de carne que tienen desnudos. Los movimientos son ralentizados y violentos, con los brazos colgados hacia atrás, como si hablasen con el techo, o con los brazos colgados hacia delante, como si pudiesen comunicarse con las tablas del suelo. Los de rastas largas golpean con ellas las espaldas curvadas de los demás.

Me doy cuenta de que soy la única mujer de la sala. Por una parte, me dan ganas de ir a la pista y moverme, romper con el baile silencioso de esta especie de aquelarre de hombres. Que me observen, me deseen tanto o más que el mexicano, que no lleguen a tocarme y aun así saliven. Por otra, quiero meterme en el centro, justo debajo de la luz más fuerte, y liar me a patadas con todos ellos hasta cobrarme la píldora del día después.

Me encantaría hacer lo segundo, pero no me atrevo. Salgo afuera, a la zona ajardinada de fumadores, echándome en cara mi propia falta de arrojo.

A través de las puertas de cristal puedo ver el interior del bar. El camarero mexicano acaba de meterse detrás de la barra. Coloca tres vasos de plástico encima de la mesa y les pone hielo, luego coge un limón y lo corta en rodajas con rapidez mientras habla y se chupa un dedo cítrico como si nada hubiera ocurrido en el baño. Sonríe a las tres inglesas que esperan sus *gin-tonics* y que él les sirve con sifón. No para de sonreír, ni siquiera mientras les cobra, ni tampoco

deja de mirarlas con esos ojos azules de apenas haber robado un puñado de castañas.

Decido que en realidad no es tan guapo. Tiene una paleta montada sobre la otra y los agujeros de la nariz demasiado grandes para su cara. Me giro, de espaldas a las puertas, de espaldas a la noche de ska, al cubículo del váter, al camarero, a las inglesas que hablan agarradas a sus *gin-tonics* y a los rastas que bailan ajenos a todo.

Sobre mi cabeza cuelga una placa. No la miro, pero sé que está ahí, encima de mi coronilla, acusándome como un reproche de metal, y que dice OVER 21'S ONLY.

Vi esta señal por primera vez cuando Lis y yo todavía estábamos en la carrera y vinimos a visitar a mi hermana, que aún no trabajaba en la revista. La primera fiesta a la que fuimos era en este mismo lugar, el Heart, como mi hermana lo llamaba. Era el club favorito de Eva cuando Eva iba a clubs.

Lis y yo no teníamos más de veintiuno, como exigía la placa. Eva se adelantó para quedar la primera en la fila, por si eso engañaba al portero. Lis se había puesto tres capas de rímel y su pelo parecía un animal negro. Llevaba más anillos de los que caben en diez dedos y sonreía. Estaba guapísima. El portero no le pidió el DNI, claro; a mí sí. Al dárselo, me miró, lo miró, y dijo que no con la cabeza. Eva intervino, le aseguró que estaría atenta, que no me dejaría pasarme con los chupitos. También tuvo que agarrarlo del hombro y reírse. Qué asco el gordo ese, entró diciendo después, con los puños cerrados de rabia. Nada más bebernos el primer tequila, Lis vomitó un líquido que olía a disolvente y pizza *funghi e prosciutto*, su favorita.

Esa noche, Eva nos hizo una foto a Lis y a mí, abrazadas bajo la placa. En la foto, Lis señala el cartel con el dedo índice y saca la lengua, y yo hago un corte de manga a la cámara mientras sostengo una pinta de Guinness.

Me pregunto qué aspecto tendríamos Lis y yo si nos hicieran esa misma foto ahora, cuatro años más tarde. En qué postura nos pondríamos, si sonreiríamos o no, o si se nos notaría más maduras, con las caras menos redondas, algo menos brillantes.

Enciendo un cigarro, apoyada en la pared bajo la señal, y miro ascender el humo. La cerveza me la terminé de un solo buche antes de salir. No creo que el alcohol sirva para paliar el frío, como tantas personas dicen. Esta ciudad a inicios de marzo todavía tiene la temperatura de una neverita portátil, y eso no hay manera de cambiarlo. El sexo tampoco sirve, esa es otra mentira. Si lo pienso, el frío y el sexo se asemejan. Los dos me cortan la respiración cuando se me meten dentro, como si me dieran un golpe bien fuerte en el abdomen, y me agarran de las sienes hasta que creo que me voy a quedar sin cabeza.

En el móvil tengo varios mensajes de Marek. En uno me pregunta dónde me he metido, en el siguiente dice que podría haberle avisado de que volvía a casa, y en el último, que es de hace cinco minutos, pone que se van todos a su piso, a seguir la fiesta. A través de las puertas del Heart veo que han encendido las luces. La pista de baile tiene iluminación de cafetería, lugar que aún conserva un poco de vida, pero sé que pronto pondrán la de supermercado. Esa es, sobre todo, descorazonadora.

Llamo a Marek.

—¡Rita! ¿Dónde estás, *skarbie*? Estamos esperando un taxi, date prisa.

«*Skarbie*» es una de las palabras más utilizadas en el vocabulario de Marek, que por otra parte es bastante limitado. Es su manera de llamarme «cariño».

—Mándame ubicación —digo.

Tiro el cigarro al suelo y lo retuerzo con la punta de mis

botas hasta que se convierte en una masa de hebras y humedad.

—Vamos en el del Albano —responde—, ¿te apuntas? Ese es el eufemismo para pillar cocaína.

—Sí, por qué no.

Marek y su mujer, Ruth, me esperan en la calle de enfrente, delante del taxi del Albano, con una botella de whisky.

—¿Y los demás? —pregunto.

—Están de camino a mi casa, *skarbie*, pero yo no me iría sin ti. —En el fondo, Marek es dulce.

Él se sube al asiento del copiloto. Lucho para abrir la puerta trasera, pero tengo las manos blandas. Ruth me ayuda y me mira como miran algunas mujeres adultas a las chicas que han bebido demasiado: con pena y aburrimiento. No puedo reprocharle nada; supongo que no le faltan motivos. Cuando me pongo el cinturón y el coche arranca, voy a las notas del móvil. Escribo «ir a la farmacia». A la mañana siguiente, a la tarde siguiente, a medianoche si hiciera falta, a cualquier farmacia que esté de guardia. Cuando sea que me despierte, pero ir.

Por si acaso, añado: «no olvidar».

El Albano, taxista y camello, conduce como si a partir de las tres y hasta las seis de la mañana no existiesen las normas de circulación. Cambia de carril de dos en dos y sin poner el intermitente. Coge las rotondas en diagonal, desliza las ruedas de atrás sobre el asfalto. Marek, Ruth y él conversan sobre las variedades de alcohol de sus países. Yo entrecierro los ojos, y a través de las pestañas los veo pasarse una bolsa pequeña y unos billetes mientras el Albano cambia de marcha.

Al final, cedo al peso de mis párpados. La imagen de dos ojos mexicanos y traslúcidos se me viene de golpe. Junto las piernas y me restriego una mano contra la otra. En mis palmas se forman unas tiras de suciedad que dejo caer sobre la

moqueta del taxi. Froto las manos contra las medias, contra mi asiento, contra el asiento del Albano, contra la manivela de la ventanilla. También aparecen en mi cabeza un par de ojos marrones, normales y corrientes, los de Lis. A su lado, los de Eva, color verde fosforescente. Imagino veinte millones de espermatozoides que ascienden por el cuello de mi útero, a la carrera, luchando por llegar lo antes posible, y me pego un puñetazo a la altura de la vejiga.